



Santiago Dimas Aranda



Pantalón de hombre

El menor de los Cardozo, Antonio, y el último de los Villalba, de cuyo nombre nadie se acuerda, partieron juntos para el otro mundo cierta noche de Pascua. Oriundos de Loma Verde, eran cuchilleros de méritos y guapos cañicultores provenientes de dos conocidas familias que, a pesar de un odio politiquero tan absurdo como antiguo y de la desgracia de tener que poblar de cruces la comarca, compartían las tierras de cultivo, la única carretera practicable para el transporte de las cañas, y aun las escasas horas dispuestas por el ingenio azucarero para la admisión de las cargas. Allá, como en el trayecto o en los plantíos, los Cardozo y los Villalba debían verse las caras así no lo desearan, así prefirieran evitarse y prolongar un trajín que fatalmente había de concluir al tope de los puñales.

Los de Loma Verde, macerados a ramalazos de la mala fortuna, solían mitigar el cotidiano padecer paladeando males peores acontecidos a otros prójimos, generalmente con sal y pimienta agregados a gusto. Así, el suceso de la Pascua de Resurrección, suscitado entre un Cardozo y un Villalba, mantuvo por largo tiempo su vigencia de última sensación en las penumbrosas pláticas lugareñas. Antonio, según la más corriente versión, adolescente todavía, zurraba sin piedad a las cansadas yuntas, siempre ansioso

de ser el primero en las arenas del famoso Paso Pé, primero en ganar la cuesta de la loma y, principalmente, primero en arribar al ingenio. Villalba, manso en apariencia y con mayor madurez, lo dejaba adelantarse, haciendo como si no lo viera, si bien se mordía por dentro. Pero, en vísperas de aquella Semana Santa, haciendo el sempiterno camino de las cañas, inadvertidamente [56] pararon las carretas una junto a la otra. Y ambos, enemigos por imposición de una oscura ley de venganzas con raíces en el ancestro, no pudieron resignar el malhadado odio que los volvía un par de bestias riñeras, cuya sangre, naturalmente precipitada, elevaba la presión ante el solo hecho de hallarse frente a frente.

El encuentro se produjo precisamente en la explanada de Paso-Pé, lugar de forzoso descanso para luego emprender la subida. El felinamente ágil Antonio Cardozo, al percatarse de la presencia enemiga, saltó de la carreta, centelleante en la mano la descogolladora «Toledo», en tanto Villalba, más atemperado, acariciaba con aparente sangre fría la funda de un treinta-y-ocho-largo acabado de adquirir con el importe de su primera entrega de caña dulce, «por precaución».

Cardozo se arremangó nerviosamente hasta arriba del codo y le gritó:

-¡Bajate, Villalba!

Pero Villalba, de pronto remiso al verlo un adolescente con pantalones cortos, moviendo la cabeza, indicó: «No». Y al cabo rezongó:

-Dejate de joder, mita-í, no quiero coempuercarme matando criatura...

Cardozo, lívido de ira, le replicó:

-¡So cobarde catú, nde carajo!

Probablemente, con la vulgar expresión quería significar que el ser un adolescente poco importaba, que su corazón vestía pantalón de hombre.

No obstante, Villalba volvió a menear la cabeza indicando: «No».

Cardozo insistió con súplicas y lágrimas de odio:

-Bajate pue, chamigo, te vía dar un tiro de ventaja, sacá pue tu revolve, así te vía mostrar lo que vale el macho que tengo adentro...

El machetín «Toledo» tajaba la arena trazando cruces en [57] siniestra danza. Pero, para decepción de Cardozo, se empecinaba Villalba oponiéndole:

-No pue, che hijo; andate a crecer un poquito má, y cuando quiera arreglar la cuenta, ponete pantalón largo...

Y, quizás en un supremo esfuerzo por romper el macabro destino que asolaba a sus familias, ese hombre, que soportaba como escupitazo en el rostro el humillante reto de Cardozo, resueltamente picó las yuntas y se alejó, dejando plantado al retador con furiosas maldiciones en la boca.

Los demás carreros de la columna paralizada ante el desafío recuperaron el aliento y se largaron detrás del que partía. Aunque mudos de espanto y enfermos de un premonitorio mal que les dañaba las vísceras, se apresuraron a cubrir una extensa brecha entre los enemigos. Así, intencionalmente, empurpurando a picanazos las ancas de los bueyes, dejaban a Cardozo en el extremo trasero, alejándolo de ese modo, por algún dudoso tiempo, de una muerte a todas luces estúpida.

Eran los últimos días de la cuaresma. La pascua, gran ocasión para resarcirse de abstinencias y contriciones, estaba próxima. Un baile tradicional, el de los Careaga, ya se anunciaba. Las invitaciones circulaban de viva voz, de casa en casa, de boliche en boliche y en las pláticas camineras rumbo al mercado, anticipándose a la fiesta el entusiasmo dicharachero de la gente joven.

La familia anfitriona, de reconocida solvencia en materia de simpatía y generosidad, dedicaba a la actividad agrícola-artesanal un importante predio enclavado al pie de la loma, a escasa distancia del centro.

Al caer la noche del domingo de Pascua, el enorme portón de la casa daría entrada no a los carreros y jinetes de la diaria rutina sino a perfumadas parejas llegadas desde remotos lugares de Loma Verde.

Todo estaba dispuesto para la fiesta. Todo listo, salvo un [58] detalle; un leve percance debía ser allanado antes de la fecha. Y era que Juan Careaga, un pariente lejano de la familia y músico principal del conjunto contratado, había roto el arpa en cierto minúsculo entrevero, quedándole como único recurso convencer a su amigo Manuel Segovia, hijo del finado Mauricio, famoso músico ciego, de que le prestara el instrumento, invaluable reliquia, según Manuel, heredada del padre muerto.

Mauricio había fallecido poco antes de que su hijo regresara de la guerra, manco. A Manuel Segovia, la guerra le resultó particularmente larga, pues debió seguir luchando contra la gangrena durante mucho más que el tiempo imaginable. Y si al cabo de infinito padecimiento la ganó, fue al costo de perder la mano diestra. Alguien, surgiendo de un delirio, le había anunciado:

-Te la cortaremos; luego te pondremos una mano de oro...

Se supone que fuera un cirujano quien de ese modo le arrojaba la noticia. Y, aunque Manuel Segovia, dado su estado, no pudo haberla entendido cabalmente, aún así, encogiéndose de piernas, las descargó en una brutal patada al doctor. Minutos después llegaban los camilleros, y el fin de la guerra comenzaba para él.

La derruida casa paterna, otrora escenario de interminables arpeadas, recuperó de pronto, con la visita de Juan Careaga, su ya olvidado clima. Esa noche, todavía en cuaresma, puesto a tocar en el arpa del ciego muerto, el visitante descubría sonoridades prodigiosas. Y al nostálgico son de los arpegios, Manuel Segovia lloraba de alegría. Desde su regreso, con frecuencia había llorado, pero esta vez era diferente. Habiendo aprendido de niño a tañer, ahora venía comprobándose absolutamente inhábil para la única ocupación que le agradaba. Y el arpa, bohemia en derrumbe, se enmohecía muda en el rincón donde Mauricio la dejara. De tanto en tanto, el manco se le aproximaba, la desempolvaba, se disponía tembloroso [59] en actitud de tañerla, templaba las bordonas con la torpe mano izquierda, imitaba las primas con la boca, y acababa empapando las cuerdas con lágrimas de sublime derrota. La maldita guerra había tronchado en él al artista.

Esa noche, sin embargo, inverosímilmente, la falta de la mano lo condujo a descubrir ignoradas condiciones que tenía para el canto. Fue Careaga quien lo obligó a probar y acabó convencándolo de ello, justa razón para que Manuel Segovia llorase de placer al son de los arpegios.

Esta vez, pues, era diferente. La maldita guerra no había conseguido anularlo por entero.

Fue así como Juan Careaga logró asegurarse el arpa, y el manco un impensado oficio de cantor.

Y, por fin, la Pascua.

-¡Felice Pascua, ña María La Pa!

-¡Felicidade mante, che mi hijo!

-¡Felice Pascua, Micaelita!

-¡Felicidade, Villalba!

Los faroles esplendían y el baile entraba en su faz de entusiasmo. Era casi medianoche. La mistela corría generosamente. Juan Careaga vibraba y hacía vibrar a la muchedumbre con las maravillas que arrancaba al arpa de Mauricio, el ciego. Y Manuel Segovia, en tren de estreno, se deshacía en gestos emocionados, viviendo los estribillos como un consumado cantante. Las caras enardecidas y las expansivas risas patentizaban una alegría caliente. Ni el rocío de la madrugada, ni una llovizna, si viniera, hubiesen sido capaces de alterar el ambiente. Pero, de pronto, de la penumbra surgió el adusto semblante de alguien a quien no se lo esperaba: Antonio Cardozo. Como señal aclaratoria de que venía listo para satisfacer a Villalba, lucía un negro y novísimo traje de hombre. Y el ambiente se heló.

La concurrencia se abrió instintiva mente. Y, como Antonio Cardozo no mostraba ganas de danzar con música, ésta cesó. [60]

En las caras más resaltantes del mudo montón, un anticipado terror amarilleaba, en tanto Villalba, erguido en un extremo de la pista, aguardaba tenso. En el charco de luz, ancho cuanto la techumbre permitía, ambos, irremediamente poseídos, acechaban prontos a replicar el más leve movimiento. Una voz quebrada, la de Cardozo, rasgó el silencio:

-Te llegó tu día, Villalba; tené que rezar...

-Eso, asigún -contestó discreto el otro-; no hay que decir güen día a medianoche...

-Te digo que te llegó tu día, Villalba; sacá tu revolve y vas a ver...

-Quién sabe; también puede ser el tuyo; lástima, todavía so muy mita-í.

Quién podía saber, en efecto, ni tan siquiera pensar a cual de los dos llegaba el día. Pero, en las mentes y en los corazones allí penantes, sí punzaba la certeza de que otra Pascua no de resurrección sino de muerte les esperaba esa noche.

Un ademán apenas perceptible se le notó a Cardozo, y ya el puñal brilló magnético en su diestra, generando un murmullo de desconsuelo. Mas, nadie osaba intervenir. Entre dos marcados por la sangre de dos familias cuyos muertos exigían el tributo de otras muertes, era inútil hacerlo. Y, al dar Cardozo el primer paso, la reacción del otro fue fulminante. Mientras el retador avanzaba a la carga, cinco disparos fulguraron uno tras otro sin poder abatirlo. Aún giraba el tambor vacío del treinta-y-ocho-largo, cuando ya el puñal abría en cruz, de parte a parte, el abdomen de Villalba, quien finalmente rodó hecho un revoltijo de trapos, intestinos y heces, en el cual sólo unos ojos inmensamente abiertos y vueltos al infinito revelaban su naturaleza humana.

Consumado el duelo, Antonio Cardozo, con cinco proyectiles en el cuerpo y ante el espanto general, aún halló fuerzas para abrirse paso y correr hasta el portón de entrada, donde lo encontraron férreamente agarrado, todavía de pie, puñal en mano y muerto.

[61]

Ambos habían nacido para vivir cien años, pero, víctimas de la iniquidad, cayeron en la trampa del odio. Una abominable pesadumbre permaneció cubriendo luego Loma Verde durante largo tiempo. Ningún Cardozo quedaba vivo en la comarca; ningún Villalba.

El arpa del ciego Mauricio, testigo de muchas macabras riñas anteriores y de la última, debió tornar a su rincón de olvido. Habladurías irremediables le atribuían la culpa de la desgracia en serie. Algún endemoniado le habría pegado el maleficio, de suerte que, doquier sonaran sus cuerdas, alguien resultase cadáver.

Y el novel cantor Manuel Segovia también debió regresar a su cruel silencio, tronchada la voz a pólvora y cuchillo como su mano diestra.

Permitido el uso sin fines comerciales

[Facilitado por la Biblioteca Virtual Miguel de Cervantes](#)

Sútese como [voluntario](#) o [donante](#) , para promover el crecimiento y la difusión de la [Biblioteca Virtual Universal](#) www.biblioteca.org.ar

Si se advierte algún tipo de error, o desea realizar alguna sugerencia le solicitamos visite el siguiente [enlace](#). www.biblioteca.org.ar/comentario



editorial del cardo